

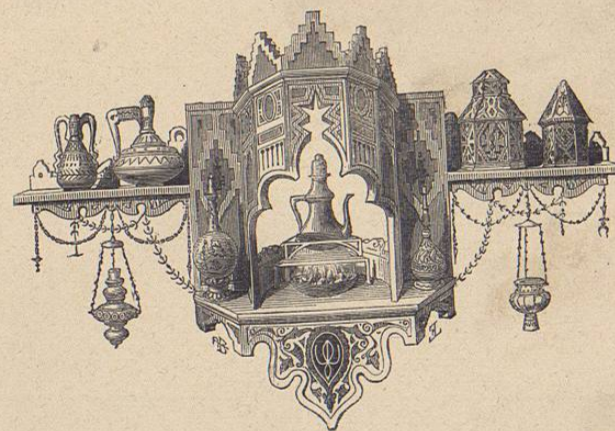
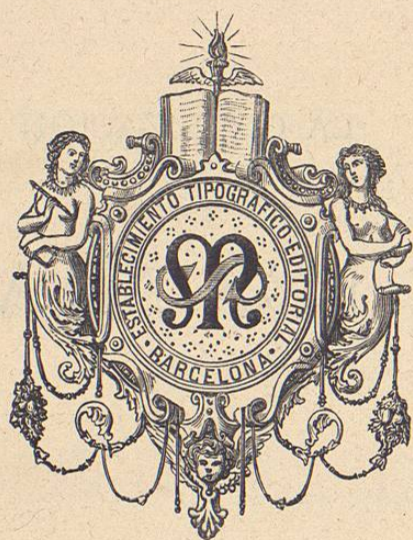
LA CIVILIZACION
DE LOS ARABES

FOR EL DOCTOR

GUSTAVO LE BON

OBRA TRADUCIDA POR LUIS CARRERAS

é ilustrada con preciosos grabados intercalados en el texto, tomados de las fotografías
del autor y de los documentos mas auténticos



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Molera Valverde y Teller

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NÚMS. 309 Y 311

1886



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

43386

D199
34

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



FONDA METERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Biblioteca Universitaria
Valverde y Tellez

CUATRO PALABRAS DEL TRADUCTOR

La obra LA CIVILIZACIÓN DE LOS ARABES, que señalamos a los editores de esta biblioteca, y que ellos nos pidieron les tradujésemos, es relativamente un excelente libro de propagación y popularización, á causa de que, aunque la mayor parte de lo que dice no sea nuevo para los arabizantes, lo es para los literatos é historiadores que no lo son, lo es para el público en general, y lo es para Europa y América, donde ordinariamente circulan los absurdos más monstruosos respecto de la historia de los Arabes. En efecto, el autor ha recogido todo lo interesante y capital que se había desparrramado en docenas de obras especiales de los mismos Arabes, ó de autores que escribieron sobre ellos; completó estos datos viajando cierto tiempo por algunos países de Oriente para empaparse mejor del asunto; y después, fundiéndolo todo en el crisol de su inteligencia, concibió y dió á luz una obra de conjunto, que da idea exacta de la civilización árabe y de la trascendencia que tuvo en Europa, y en otros puntos del mundo.

Los Arabes fueron una raza inteligentísima, de aptitudes variadas, por no decir universales, como merece; y valiente, á la vez que amiga de todo progreso; la cual, impulsada por la mejor religión positiva que había existido, no sólo conquistó un gran número de pueblos, sino que hasta supo reconstituirlos de nuevo, borrando preocupaciones gravísimas de orden social, y fundando y estableciendo otra civilización, de la cual dimanaba gran parte de la nuestra, y que fué tan sólida en lo moral y lo intelectual, que sólo cabe compararla con la griega antigua; pues lo que ha dado en llamarse cultura romana, no fué otra cosa que un reflejo de aquélla; brillante en unas cosas, y apagado en otras. Tres pueblos antiguos tuvieron una civilización verdaderamente original, que trascendió á la humanidad, y de la cual todos procedemos. Egipto, Grecia y los Arabes; sin que ninguno de ellos, ni en lo relativo á la época, ni en lo absoluto de las instituciones, sea inferior al otro: todos son iguales, todos son grandes, todos son inmortales en la historia y ante la posteridad.

El estudio de la civilización árabe tiene para España un interés particular, dimanado de nuestra misma historia; pero aunque nadie modernamente ya lo niegue, quizá todavía nadie ha comprendido hasta qué extremo llega. Los Anales españoles no se escriben bien; no se escriben con la proporción que deben escribirse, lo cual depende sin duda de que todavía no se ha comprendido que es imposible componer una buena historia de España, sin ser el autor arabizante eruditísimo; ó siquiera teniendo por colaboradores á hombres doctos en el conocimiento de los Arabes y de sus libros. Un corto número de musulmanes, casi todo compuesto de Berberiscos, se apodera de España, después de una sola batalla; la ocupa, la organiza, y se adelanta hasta lo que después se llamó Provenza, donde formó una marca, ó sea una avanzada para cubrirse contra los Francos.

¿Qué había sido de los Godos? Algunos habían quedado en el país conquistado, aceptando el yugo de los invasores; y la mayor parte se habían replegado en la Provenza, dominada por compatriotas suyos. En cuanto á los Españoles, ó sea á los habitantes naturales de España, permanecieron muy tranquilos en sus ciudades, villas y aldeas, donde los mahometanos les trataron, en todos conceptos, mejor que los Romanos y que los Godos.

Pero la línea que forma España desde el cabo de Creus hasta el de Finisterre no había sido nunca positivamente dominada por Cartagineses, Romanos, ni Godos; y los Arabes tuvieron también la pretensión de sujetarla, buscando á los montañeses bárbaros é indómitos, que la ocupaban; y guerreando con ellos sistemática y anualmente, como lo ordenaba el Corán. Así comenzaron á adquirir aquellos montañeses una personalidad política que no tuvieron en los siglos anteriores. Mientras los gobernadores árabes de los Pirineos se entretenían de este modo, llegaban á España árabes distinguidos en comercio, industria, ciencia y letras; y aprovechando las huellas que habían quedado aquí de todo esto, al decaer la época romana, daban á los naturales del país un impulso vigoroso, que los entregaba á la vida intelectual, industrial y comercial. La superioridad de aquella clase dirigente, el prestigio político que le daba la gobernación del país, la aristocracia militar que capitaneaba, la inmigración de Berberiscos que traía de África, y los continuos parentescos que todos contraían con las familias Españolas, casándose cada uno con varias mujeres de esta tierra; eso unido á las pocas raíces que todavía echara en los Españoles el cristianismo de aquellas épocas, que era muy diferente del de las nuestrás, fué causa de que los Españoles abrazaran lentamente el mahometismo, quedando reducidos al cabo de algunos siglos los cristianos á un corto número de familias, que casi llegaron á desaparecer.

Por consiguiente los individuos de la raza árabe que aquí se habían establecido, quedaron absorbidos por la población indígena; y los mismos Berberiscos, á pesar de ser más numerosos, desaparecieron también, tragados por las oleadas de la población española. Inteligentísima se había mostrado ésta durante la época romana; y no lo fué menos durante la época mahometana; pues impulsada por los maestros que le aportó el Oriente, no sólo se apropió todas las conquistas de la nueva civilización asiático-egipcia, sino que las fecundó más, llevando la arquitectura, la pintura decorativa, la prosa, el verso, la música y las ciencias positivas y morales á un grado de perfección ó de adelanto, que no sólo hicieron de España el país europeo más civilizado, sino un país dotado de verdadera civilización, y quizá más adelantado que los asiáticos más cultos, aunque éstos lo fuesen mucho. Así, pues, en toda historia de España los Arabes deben ocupar el primer sitio desde que aparecen, hasta que pierden su último reino; y

en dicho lugar no deben ceder un sitio igual sino á la Corona Aragonesa, cuando ésta, poniéndose frente al Papado, conquista á Sicilia, y entra como potencia de primer orden en el movimiento de la política europea, que sostenían las naciones más poderosas de la cristiandad.

Mientras los Españoles se iban mahometizando y civilizando prodigiosamente, Carlomagno y sus hijos echaban á los Arabes de la Provenza, entraban en Cataluña con los restos de los Godos, y formaban una Marca hispánica, destinada á proteger á los Francos contra los Arabes, dándole por capital Barcelona. La base de la población de este nuevo estado fueron los mismos Españoles que en ella residían, los cuales ó no se habían convertido aún al mahometismo, ó constaban de indígenas de ambas religiones, y de mahometanos extranjeros, ya establecidos en aquellas tierras. Lo probable es esto último. Con la aparición de aquel núcleo militar de cristianos, los montañeses de Asturias, Galicia, Navarra y Aragón adelantaron también hacia la España mahometana, comenzando los caudillos á formar estados más importantes, que después fueron reinos, compuestos también de Españoles de una y otra religión. Pero á medida que se formaban estos grupos mezclados, lo más inteligente de los mahometanos conquistados se retiraba hacia el país de su misma religión, desesperado de no hallar en los conquistadores la despreocupación é inteligencia necesarias para estimar y utilizar sus conocimientos. Así, pues, en los nuevos estados sucedía la barbarie á la civilización más brillante.

Pero aquella barbarie tenía una novedad que más adelante debía ser un factor importante de nuestra historia nacional; pues como aquellos estados constaban de cierto número de hombres acomodados y recelosos que desconfiaban de sus jefes, comenzaron á reclamar derechos, y á sostener la aplicación de los que poseían; y como estos derechos eran una confusa mezcla de privilegios civiles, judiciales, municipales y políticos, formóse así el espíritu fuerista, es decir, antiabsolutista y liberal, que prevaleció en España durante la mayor parte de la Edad media. Así, pues, había entre los Estados mahometanos de la península y los cristianos un contraste asombroso y original. En aquéllos la civilización más brillante que jamás se viera en el mundo, acompañada del absolutismo político y teocrático más despóticos; y en éstos la barbarie, acompañada de la libertad más acérrima. En cuanto á la religión, influyó tan poco en las relaciones de ambas partes, que no era raro

alistarse los caudillos cristianos en las filas musulmanas, ni los musulmanes en las cristianas; y las luchas de Estado á Estado tenían por objeto satisfacer la ambición, más bien que la fe; y sólo por parte de los mahometanos había á veces invasiones de verdadero carácter religioso, porque así lo ordenaba el Corán.

Sin embargo, los gérmenes de civilización que los mahometanos habían dejado en las tierras cristianas que perdieron, daban lugar á que hubiese una especie de sombra de cultura literaria, científica y artística; y como en Provenza aquellos gérmenes habían encendido la hoguera de una verdadera civilización cristiana, entraban en España por Cataluña reflejos de ésta; al mismo tiempo que venían otros, mucho más importantes, de la de los centros peninsulares de los mahometanos, lo cual impulsaba la cultura de los nuevos Estados. Pero cuando los franceses destruyeron la Provenza en la guerra de los Albigenses, el país quedó sumido en la barbarie, y la España cristiana se resintió del suceso, por falta de esta corriente de civilización. Renovóse después, cuando los catalano-aragoneses se apoderaron de Sicilia, civilizada siglos atrás por los Arabes, y entonces volvió España á tener dos corrientes intelectuales: la que salía de los españoles mahometanos, y la que traían de Sicilia y de la península itálica los catalano-aragoneses. Así llegamos al Renacimiento, donde las dos corrientes se refundieron, originando con la caída de Granada y el advenimiento de Carlos V, la civilización española de los siglos XVI y XVII, la cual fué, por decirlo así, greco, árabe, católica y caballeresca, á causa de predominar en ella cualidades, preocupaciones y defectos, naturales á cada uno de estos elementos.

Esta sencilla reseña habrá demostrado á nuestros lectores toda la importancia que para nosotros tiene un libro del carácter popularizador de éste. Pero al mismo tiempo debemos hacerles presente que hemos debido acribillar de notas de fondo ciertas partes, donde el autor estaba deplorable en todos conceptos. En cuanto á la traducción, sin faltar á las ideas del original, hemos procurado dar alguna sencillez á las locuciones, demasiado é inútilmente complicadas del libro francés: y españolizar el dictado, aunque esto no suele hacerse, por las dificultades que tiene; y creemos haberlo alcanzado tal cual, pues ocasiones ha habido en que de cinco períodos del autor hemos hecho uno sólo.—L. C.

INTRODUCCION

I

Los lectores de nuestras obras anteriores conocen ya el génesis de este nuevo libro, pues saben que después de estudiar al hombre y las sociedades, debíamos ocuparnos de la historia de las civilizaciones.

Nuestro último trabajo (1) tenía por objeto describir las formas sucesivas de la evolución física é intelectual del hombre, y los diversos elementos de que las sociedades se componen.

Retrocediendo á los más lejanos periodos de nuestro pasado, hemos explicado cómo se formaron las primeras aglomeraciones humanas; cómo nacieron la familia y las sociedades, la industria y las artes, las instituciones y las creencias; y de qué manera se transformaron estos elementos de edad en edad, y cuáles fueron los factores de estas transformaciones.

Después de estudiar al hombre aislado y la evolución de las sociedades, nos falta completar nuestro plan, aplicando al estudio de las grandes civilizaciones los métodos que hemos expuesto.

Vasta es la empresa: grandes sus dificultades; y no sabiendo hasta qué punto lograremos llegar, no hemos propuesto que cada uno de los tomos de que constará esta empresa sea completo é independiente. Si llegamos á terminar los ocho ó diez que pensamos escribir, nada será más sencillo que clasificar en seguida en un orden metódico la historia de las diferentes civilizaciones á las cuales habremos destinado cada tomo.

Hemos empezado por los Arabes en razón á que su civilización es una de aquellas que nuestros viajes nos han dado mejor á conocer; una de aquellas cuyo ciclo es más completo, y en la que se manifiesta con mayor claridad la influencia de los factores, cuya acción hemos procurado discernir; en fin, una de aquellas cuya historia es á un tiempo la más interesante y la menos conocida.

Reina la civilización árabe desde há doce siglos en la inmensa región que se extiende desde las orillas del Atlántico hasta el mar de las Indias, desde las playas del Mediterráneo hasta los arenales del interior de Africa; y las poblaciones que habitan estas comarcas siguen la misma religión, hablan la misma lengua, poseen

las mismas instituciones y artes, y formaron antiguamente parte del mismo imperio.

Encerrar en un conjunto las principales manifestaciones que esta civilización tuvo en los pueblos donde dominó, reproducir todas las maravillas que dejó en España, Africa, Egipto y Siria, Persia é India, trabajo es que todavía no se intentara. Las mismas artes, con ser el elemento más conocido de la civilización árabe, no habían sido aún sometidas á un cuadro de conjunto; pues los pocos autores que han emprendido la descripción de ellas reconocen á porfía que no existe nada de aquel cuadro, y que la falta de documentos les impedía probar de llevarlo á cabo. Sin duda resultaba evidente que la identidad de creencias había establecido un gran parentesco entre las manifestaciones artísticas de cada país sometido á la ley del Islam; pero no resultaba menos evidente que la variedad de razas y de comarcas había producido profundas divergencias. ¿En qué consistían esas analogías, y esas divergencias? El lector que se digne enterarse de los capítulos de esta obra dedicados á la arquitectura y á las artes verá cuán muda se mostraba la ciencia actual con respecto á estos puntos.

A medida que se adelanta en el estudio de esta civilización, se descubren nuevos datos y horizontes más extensos; quedando luego probado que la Edad media no conoció á la antigüedad clásica sino por conducto de los Arabes; que durante 500 años las universidades de Occidente se alimentaron exclusivamente de sus libros, y que los Arabes son los que han civilizado á Europa en el triple concepto intelectual, moral y material. El que estudia sus trabajos científicos y descubrimientos ve que ningún pueblo los ha producido mayores en tan breve tiempo; y el que examina sus artes reconoce que poseyeron una originalidad que nadie ha sobrepujado.

La influencia de los Arabes, aunque muy grande ya en Occidente, fué todavía mucho mayor en Oriente; pues ninguna raza ha impreso su sello aquí de un modo igual. Los pueblos que antiguamente dominaron en el mundo, Asirios, Persas, Egipcios, Griegos y Romanos, han desaparecido entre el polvo de los siglos, sin dejar más que informes ruinas; y sus religiones, lenguas y artes no han quedado sino como recuerdos; pero aunque los Arabes, á su vez, hayan desaparecido también, los ele-

(1) *El hombre y las sociedades: sus orígenes é historia.*